

MANUEL GARRIDO PALAZÓN

FUNCIÓN DE LA LITERATURA E HISTORIA LITERARIA: UN PLANTEAMIENTO

(De los «encyclopédistes» a Manuel Milá)

Desde que Bacon de Verulamio le concediese un estatuto gnoseológico dentro de su organización enciclopédica del saber, la poesía, ligada a la imaginación, estuvo determinada por el principio de utilidad que constituía el límite para todo conocimiento en el *Novum Organum*. La reflexión poética sufrió, asimismo, las transformaciones que el utilitarismo impuso, desde el siglo XVIII, a esa organización, no ya más atenta, como lo habían estado secularmente las enciclopedias de fundamento teológico o metafísico, a reflejar en la supuesta unidad del saber la ideal armonía del mundo o la identidad de una mente divina, cuanto a proporcionar un instrumento adecuado al dominio material de la Naturaleza y a la actuación social¹.

I

1.1. A partir de la Ilustración dieciochesca, los protagonistas de dicha reflexión, apenas distinguidos entonces, no sólo de los poetas propiamente dichos, sino de los cultivadores de otras ciencias y artes bajo la denominación general de *litteratos*, se proponían superar lo que Federico Schlegel, en la dedicatoria al político Metternich de su *Geschichte der alten und neuen Literatur* de 1814, calificaría como «el gran abismo que sigue separando al mundo de las letras y a la vida intelectual del hombre de la realidad efectiva»².

Para ello hubieron de idear una imagen teórica de la actividad estética que, como la de cualquier otra disciplina intelectual necesitada de legitimación por su eficacia

¹ En relación con la historia moderna del ideal enciclopédico, véase la antología de textos y el estudio introductorio que ofrece W. Tega en *L'unità del sapere e l'ideale enciclopedico nel pensiero moderno*, Bolonia, 1983. Para la aportación indirecta de Bacon a la reflexión sobre la naturaleza epistemológica de la poesía, que se remonta a los griegos, véase M. C. Beardsley y J. Hospers, *Estética, Historia y fundamentos*, Madrid, 1986, pág. 50.

² Cfr. la *Historia de la literatura antigua y moderna*, en *Obras selectas*, ed. de H. Juretschke, tomo II, Madrid, 1983, pág. 460. La anterior traducción española fue de Barcelona-Madrid, 1843, firmada por «P. C.», que ese estudioso identifica como José Petit de Córdoba, aunque considera que fue «con toda seguridad alentada por Manuel Milá» (*op. cit.*, pág. 494).

práctica, se construyó sobre el fondo de una *ciencia del hombre*³ (que luego se convertiría en «psicología»). Porque concebir teóricamente lo que el mismo Schlegel llamaba «la operatividad de la literatura sobre la vida real»⁴ exigió situar lo literario dentro de una forma de conocimiento como la del enciclopedismo ilustrado, para la que —explica W. Tega— «i rapporti e i legami stabiliti [...] dalla mente humana (non piú) rifletessero l'armonia stessa della natura»⁵, sino una construcción puramente intelectual, en la que los diversos conocimientos encontraban su fundamento. Lo decía D'Alembert: «Todas las ciencias en su conjunto no son otra cosa que la fuerza intelectual humana que es siempre una y la misma y permanece idéntica a sí misma por muy variados y diferentes que sean los objetos a que se aplique»⁶. La variedad de los conocimientos humanos (y del conocimiento poético entre ellos) no ocultaba «aquella íntima unión» —ahora en expresión de Jovellanos⁷— que les confería el hecho de que todos fuesen considerados manifestaciones de la mente o, en términos difundidos por los *philosophes* franceses, del «esprit humain». Éste era el objeto de la mencionada *ciencia del hombre*, que así se ponía en el punto de partida de todo el sistema del saber; porque, como advertía Hume, desde la tradición empirista inglesa: «There is no question of importance, whose decision is not comprized in the science of man; and there is none, which can be decided with any certainty, before we bécome acquainted with that science»⁸.

1.2. En el siglo XVIII surgió, entonces, una Poética psicológica, desarrollada diversamente en torno a conceptos como los de *genio*, *gusto*, *imaginación* y *sentimiento*⁹, ante todo porque así lo requería esa sistematización del saber fundada sobre las facultades y operaciones del intelecto que los enciclopedistas franceses tomaron de Bacon.

El autor inglés, en su tripartición del intelecto humano, había establecido las facultades de razón, imaginación y memoria y les había asignado respectivamente tres conocimientos principales: la ciencia, la poesía y la historia. La misma correlación mantenía D'Alembert, si acaso con diferenciaciones que no vienen al caso, en el *Discours Préliminaire* de la *Encyclopedie*. A él apelaba el español Juan Andrés, en el primer tomo de su obra *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura*, al admitir «la relación de las ciencias con las potencias de nuestra alma»¹⁰. Ello a fines del Setecientos. Pero aún Manuel Milá y Fontanals, al que se ha estimado como «principal iniciador de la crítica moderna entre nosotros»¹¹, participaba de semejante planteamiento psicológico e intelectualista de la literatura; lo que le permitía defender la utilidad pedagógica de su estudio por su ayuda en la formación del

³ Cfr. E. Cassirer, *La filosofía de la Ilustración*, México, 1984.

⁴ *Historia de la literatura*, ed. cit, tomo II, pág. 497.

⁵ *Op. cit.*, pág. 71.

⁶ Cfr. Cassirer, *op. cit.*, especialmente el capítulo «La forma de pensamiento de la época de la Ilustración», págs. 17-53.

⁷ Cfr. su «Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias» (1794), en *Obras en prosa*, Madrid, 1978, págs. 209-210.

⁸ «Introduction» a *A treatise of human nature*, tomo I, Londres, 1909, pág. 308.

⁹ Un buen resumen convencional de la estética psicológica lo da V. E. Alfieri, «L'estetica dell'Illuminismo al Romanticismo fuori d'Italia», en *Momenti e problemi di storia dell'estetica*, parte segunda, Milán, 1959. Con más interpretación, A. García Berrio y T. Hernández Fernández, *La Poética: tradición y modernidad*, Madrid, 1988.

¹⁰ Cfr., para Bacon y D'Alembert, *Discours Préliminaire*, en *Encyclopedie*, tomo I, ed. facsímil, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1988. La primera edición de la obra del jesuita expulso Juan Andrés es (con 7 vols.) de Parma, 1782-1799. La traducción española, de Madrid, 1784-1806, 10 vols. Cfr. la «Prefación del autor en esta traducción, tomo I, pág. VI. Sobre el autor, aparte de la obra general de M. Batllori sobre los jesuitas expulsos, hay una monografía de G. E. Mazzeo, *The Abate Juan Andrés*, Nueva York, 1965.

¹¹ Cfr. M. Menéndez Pelayo, «Advertencia Preliminar» a *Obras Completas* de Milá, tomo I, Barcelona, 1888, pág. VII.

individuo, en «el cultivo de nuestras potencias», como afirmaba en sus *Principios de Literatura general*: «La literatura —repetía, alargando una tradición ya centenaria— se refiere a la facultad más brillante [...] del hombre, cual es la imaginación, y estudia las operaciones de las demás potencias nuestras (entendimiento, sensibilidad, etc.), que con ella se enlazan en las obras de ingenio de una manera tan interesante como instructiva [...] y aquí puede observarse que la buena educación nace del cultivo armónico de las facultades»¹².

Si queremos trazar la curva temporal completa, notemos además que la atribución a la literatura de un papel casi propedéutico en la formación intelectual ya había sido hecha a principios del siglo XIX, también en un marco profesoral de reflexión pedagógica, por sensualistas (situados, por tanto, en la corriente general de psicología empirista, si bien en la forma que de ella elaboró Condillac)¹³ como eran Félix José Reinoso y Alberto Lista, que precisamente había precedido a Milá en el papel público de «grossmeister» de la crítica española¹⁴. Así aquél, en un discurso *Sobre la influencia de las Bellas Letras en la mejora del entendimiento y rectificación de las pasiones*, proposición muy significativa de lo que estamos mostrando, después de reducir, como buen discípulo de Condillac, al que cita, el conocimiento a la sensación, a la «facultad de sentir», afirmaba que ésta, «semillero de nuestros pensamientos, manantial de la sabiduría humana, es el intento y el estudio todo de la bella literatura»¹⁵. Compartía ahí con Milá, casi medio siglo antes, el concepto psicológico de la literatura por el que era incluida en la antedicha unificación de los diversos conocimientos en tanto que funciones respectivas de las facultades mentales, las cuales, al converger en una «fuerza intelectual» subjetiva única —recordemos las palabras de D'Alembert—, estaban, también para él, «unidas íntimamente; y no es posible perfeccionar alguna de ellas sin el cultivo de la otra»¹⁶.

1.3. Con el mismo enfoque iniciaba Lista, en 1822, unas *Lecciones de literatura española para el uso de la clase de Elocuencia y Literatura del Ateneo español*¹⁷. En ellas, desde el título, con esa abierta referencia a la Elocuencia, se reflejaba que el pedagogo sensualista, igual que su amigo sevillano conservaban, no obstante la concepción psicológica, un planteamiento retórico de raigambre humanista, por el cual la literatura y su estudio se habían situado tradicionalmente en un puesto secundario, introductorio, de la educación escolástica: «Tal es la utilidad más trascendental [...] de los estudios literarios y así debieron de entenderlo los antiguos cuando los llamaron “humanidades”», reconoce aún el mismo Milá, profesor de Retórica¹⁸.

¹² Cfr. «Preliminares» de los *Principios*, *op. cit.*, págs. 5-6.

¹³ Sobre la importancia del pensamiento de Condillac cfr. Cassirer, *op. cit.*, y E. Garin, «Introduzione» al *Trattato dei sistemi*, ed. italiana, Bari, 1977, págs. VII-XXXVI. Sobre su influencia en España dan información Menéndez Pelayo y Fernández Carvajal (que pueden cómodamente leerse en el resumen que de ambos hace J. L. Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, tomo IV, 1984, sin contar, sin embargo, con sus nombres.

¹⁴ Ese título se lo daba, según Juretschke, el hispanista Wolff.

¹⁵ Cfr. la reproducción del discurso, Sevilla, 1816, pág. 12.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 11.

¹⁷ Reproducidas en H. Juretschke, *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, 1951, págs. 418-465. Para el enfoque psicológico cfr. la «Introducción» de las *Lecciones*.

¹⁸ «Preliminares», *op. cit.*, pág. 16. Ya en 1845, en una «Oración» «Sobre el estudio de la literatura», y siguiendo un planteamiento sensualista que se encuentra también en los discursos citados de Jovellanos y de Lista, fijaba la primera utilidad de la literatura en relación con «los principios de la gramática» y «los primeros elementos retóricos» (*Obras*, tomo IV, pág. 46).

2.1. Para el catalán, sin embargo, y pese a la pervivencia escolar de las *humanae litterae*, el estudio literario se orientaba, «como educación estética» y «como ciencia», hacia una pedagogía de más alcance. Ésta era apuntada ya por Lista cuando, al ofrecer «una idea de la utilidad de la ciencia» de las bellas letras, supeditaba su cometido retórico a su «influencia tan visible y reconocida en los progresos de la civilización»¹⁹. Contaba así con este nuevo ideal, que había de proyectar el sistema de las artes y disciplinas tradicionales más allá de la virtud y de la utilidad renacentistas, hacia los límites ideales de un antropocentrismo revolucionario que hizo decir a Diderot: «l'homme est le terme unique d'où il faut partir»²⁰. Y que, también dentro de una renovada valoración de la experiencia estética, convirtió el sentido connotativo que el concepto de «humanidad» solía tener como fruto ambiguo («humanitas») de la lectura de los clásicos en un significado concreto (el de «humanité»), moral y, sobre todo, políticamente más denso, como concepto estructurante de las nuevas relaciones sociales y, por tanto, de la nueva organización del saber; respecto a lo cual el autor francés proclamaba: «Pourquoi n'introduisons-nous pas l'homme dans notre ouvrage, comme il est placé dans l'univers? Pourquoi n'en serons-nous pas un centre commun?»²¹.

2.2. Dicho antropocentrismo no conllevaba sólo una epistemología del sujeto con un método psicológico de construcción intelectual. Pues si esa epistemología tenía como base, según veíamos, una ciencia del hombre, como meta se ponía una moral y una política *humanitarias*, o bien, con una determinación de fuerza creciente, *nacionales*.

Los criterios de *humanidad*, *nacionalidad* y *civilización* que encauzaron dicha meta, al reordenar la jerarquía de los conocimientos, hicieron que la literatura, aun como concepto de contenido variable, no dejase de ocupar, durante un período que abarca los convencionales de la Ilustración y el Romanticismo, una posición culturalmente determinante, gracias a la cual aquellos literatos de los que hablábamos antes vivieron, según narra P. Benichou, su «consagración» histórica²². En un tiempo en el que —nos explica T. Suck— «the emerging bourgeoisie represented its social interests esthetically»; siendo esta «esthetization» —valga la palabra mientras esté en otra lengua— «expressed within the confines of a cultural identity, determined by *Kultur* in Germany and *civilisation* in France» (y por influencia francesa en España)²³.

Por todo lo cual la literatura, identificada racionalistamente con el «mundo de las letras» aún por F. Schlegel, se convirtió en la enseña bajo la que emprender el «coordinamiento omogeneo e aggregante» de la cultura —son palabras de Raimondi y Battistini— trasla estela de esa civilización (la «civilisation», «un des ces mots —dice E. Benveniste— qui inculquent une vision nouvelle du monde»)²⁴.

Y en tal marco los literatos fueron, aunque con diferentes matices, lo que luego

¹⁹ Cfr. *Lecciones*, pág. 419. Para Milá, «Preliminares», págs. 6-7.

²⁰ *Encyclopedie*, ed. cit., tomo V, pág. 641.

²¹ *Ibid.*

²² Cfr. *La coronación del escritor*, México, 1981. Es traducción de *Le sacre de l'écrivain*, París, 1973.

²³ Cfr. «Bourgeois class position and the esthetic representation of class interest: the social determination of taste», en *MLN*, tomo 102, 1987, pág. 1090.

²⁴ Benveniste es citado en J. Escobar, «Más sobre los orígenes de *Civilizar* y *Civilización* en la España del siglo XVIII», *NRFH*, XXXIII, pág. 88. Para la expresión de Raimondi y Battistini cfr. *Retoriche e poetiche dominanti*, en A. Asor, (ed.), *Letteratura Italiana*, tomo 3, I, Turín, 1984, pág. 84. Ellos la usan en el contexto del pensamiento poético-retórico renacentista, cuyas características nos despiertan, en relación a lo que estamos estudiando, el demonio de la analogía y la desazón de las duraciones y los períodos.

—ya en 1816 se usaba el término— nuestros intelectuales. Eran las «gens de lettres»: todos aquéllos que, «liés seulement par l'intérêt général du genre humain», participarían en la empresa enciclopédica, como establecía Diderot. Las ciencias y las artes eran, para él, conforme a una sola acepción general, «las varias partes de la literatura», a la cual identificaba con el «trabajo realizado por el espíritu humano en todos los campos y en todos los siglos»²⁵.

2.3. La tarea de trazar «un cuadro» de ese trabajo era, de acuerdo con la primordialidad epistemológica y la finalidad social que se confería a la ciencia del hombre, la primera que había que abordar. Fue, significativamente, la que se propuso nuestro Juan Andrés cuando presentaba la suya como una obra sobre toda literatura («ogni letteratura»), planteando como una historia universal de la actividad intelectual, de la cultura en fin, la que debía ser la primera historia literaria hecha en la nueva manera «filosófica» por un español²⁶. Y como tal estuvo presente —no lo olvidemos al contar los primeros pasos de la filología española moderna— en cualquier proyecto histórico-literario que se esbozase en España, desde que los bibliotecarios de los Reales Estudios de San Isidro decidieron organizar la primera cátedra de Historia Literaria en 1786, hasta que Menéndez Pelayo reflexionó sobre el problema, pasando por la propuesta de elaboración de una historia literaria española que en 1828 hacía Lista ante la Real Academia de la Historia²⁷.

Igualmente, si bien refiriéndose a otra disciplina, la Historia civil, Voltaire la proponía como «une histoire de l'esprit humain», como «histoire des hommes»²⁸. En este caso la literatura, que para Andrés ocupaba el centro de la atención, había de ser un aspecto más de todo aquello que «nous regarde» en la sociedad y en la historia, vistas ahora «en citoyen et en philosophe». Para lo cual Voltaire quería aplicar a «la manière d'écrire l'histoire ce qui est arrivé dans la physique»²⁹.

III

3.1. A esa extrapolación del método de las ciencias naturales remite el uso de la palabra *filosofía* que hacen Andrés o, todavía cincuenta años después, A. Alcalá Galiano en relación con una historia de la literatura³⁰. El primero apelaba a las figuras emblemáticas de Galileo, Bacon y Newton y, en otro plano, según hemos aludido antes, a D'Alembert³¹. Éste fundaba la universalidad del método «filosófico» en la idea encicpedista de que «tous les êtres, et par conséquent tous les objets de nos connoissances, ont entr'eux une liaison qui nous échappe». Sea cual fuere el punto de vista, nunca se dejará de considerar —aunque siempre a través de la misma

²⁵ Cfr. el «Prospecto» de la *Enciclopedia* en la antología citada de Tega.

²⁶ Respecto a la literatura «en todos los tiempos y en todas las naciones» quería trazar «un cuadro filosófico de los progresos que desde su origen hasta el día de hoy ha hecho en todos y en cada uno de sus ramos»; cfr. «Prefación», pág. I.

²⁷ Cfr. J. Simón Díaz, «La biblioteca, el archivo y la cátedra de Historia literaria en los estudios de S. Isidro de Madrid», *Revista Bibliográfica y Documental*, tomo I, págs. 395-423. Lista pronunció en 1828 un «Discurso sobre la importancia de nuestra Historia literaria», reproducido en Juretschke, *Vida*, págs. 466-478.

²⁸ Cfr. «Nouvelles considérations sur l'Histoire», en *Oeuvres historiques*, París, 1957, pág. 47. El *Essai sur les mœurs*, que volveremos a mencionar, lo publicó con el título de «Nouveau plan d'une histoire de l'esprit humain».

²⁹ «Nouvelles considerations», pág. 46.

³⁰ Cfr. de Alcalá su *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana*, Madrid, 1845. Una interpretación de esta obra véase en R. Sebold, «Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca: paradoja histórica y visión filosófica», *Homenaje a J. López Morillas*, Madrid, 1982.

³¹ Andrés escribió un «Saggio della filosofia di Galileo» en 1776. Sobre sus valoraciones de esos autores véase Mazzeo, *op. cit.*

forma de pensar— una rama del árbol del saber, una «branche de la Science humaine» —en palabras, nuevamente, de Diderot³².

El acercamiento «filosófico» al tronco de ese árbol, a la «fuerza intelectual humana» de la que hablábamos arriba con D'Alembert, daba a la literatura un lugar psicológico como fenómeno relativo del conocimiento individual (v. 1.2). De la misma manera el estudio de la historia civil y de la sociedad conforme al «methode analytique» y a los principios de observación y experiencia que, como explica Cassirer, proporcionaron las ciencias de la Naturaleza invocadas por los «philosophes», hizo que fuese pensada como fenómeno social e histórico inserto en un conjunto sistemático de «faits historiques» (la religión, las costumbres, el gobierno, la moral), concebidos no en su objetividad, no como «hechos materiales y externos» —que dirá Milá en el siguiente párrafo—, sino siempre como manifestación de una única acción, la del sujeto con su mencionada fuerza.

D'Alembert, al considerar «la Science des faits historiques (qui) tient à la Philosophie» desembocaba en una Historia que «n'est qu'un recueil d'expériences morales faites sur le genre humain»³³. Hasta que no nació esta «ciencia histórica» amplia como historia del género humano, del volteriano «esprit humain» puesto en el centro de los distintos hechos sociales, no pudo plantearse una historia de la literatura —aparte de en la acepción «culturalista» de Juan Andrés— en el sentido de su relación con todos esos hechos. Fue Voltaire, con su *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, quien inauguró un modelo historiográfico válido también, por lo que en él les concernía, para los literatos. Como explicaba uno de ellos, Alcalá Galiano, en 1845: Voltaire comprendió «que la historia no debe ser solamente la exacta narración de los hechos militares y políticos, sino que debe pasar [...] a tratar de las costumbres y espíritu de los pueblos, de sus constituciones y de sus leyes y aun de su literatura». En el siglo XVIII «comenzó a hablarse en las historias de comercio, de industria, de artes, de literatura...», comentaba en 1883 Menéndez Pelayo, ya con distancia, de ese modelo, de cuya iniciación, sin embargo, atribuía el mérito a Hume³⁴.

A él quizá tenía también presente cuando, poco antes (1878), describía una «ciencia histórica» conforme a la perspectiva filosófica comentada arriba: «La ciencia histórica es en grandísima parte ciencia de los hechos y de observación, tiene que emplear con frecuencia procedimientos análogos a los de las ciencias naturales, no puede sintetizar sin haber analizado antes»³⁵.

3.2. El método científico, «La Philosophie» que —auguraba la *Encyclopédie*— «soumet à son empire tous les objets»³⁶, era aún —y no es lugar de juzgar si a su pesar— lo que permitía al profesor Milá, maestro de Menéndez, ensanchar las utilidades literarias, primero, al subordinar —como aludíamos páginas antes— «el cultivo del sentimiento estético a los deberes religiosos y sociales» y, segundo, al «considerar la literatura como complemento de los estudios históricos, ya que nos muestra una historia interior y como invisible, mientras los anales civiles nos dan cuenta de los hechos materiales y externos»³⁷. Para ello, refería en ambos casos lo

³² Cfr. art. «Encyclopedie» de Diderot y art. «Elémens des sciences» de D'Alembert en *Encyclopedie*, ed. cit., tomo V.

³³ *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, Amsterdam, 1767, tomo IV, págs. 16-17.

³⁴ A la relación genética de la historia de la literatura con la historia civil volteriana alude J. C. Mainer, en *Historia, literatura y sociedad*, Madrid, 1988, págs. 75-76. La cita de Alcalá véase en *op. cit.*, pág. 87. Cfr. también de Menéndez el discurso «La Historia como obra artística» (1883), en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, Santander, 1941, tomo VII, pág. 23.

³⁵ Cfr. su *Defensa del Programa de literatura española* (1878), *op. cit.*, tomo I, pág. 70.

³⁶ Art. «Encyclopedie», *op. cit.*, pág. 637.

³⁷ Cfr. «Preliminares», *op. cit.*, págs. 6-7.

literario a un sistema de relaciones («La comparaison des phenomenes s'appelle Philosophie», decía Diderot); un sistema en el que se organizaban los varios fenómenos sociales —la literatura entre ellos— al ser analizadas y reducidas a un principio («la méthode analytique», explicaba esta vez D'Alembert, «procede des idées composées aux idées abstraites [...], remonte des conséquences connues aux principes»). Ese principio, además (fuese *esprit de la nation*, *caractère national* o *Volksgeist*, progreso o providencia: *filosófico* o *espiritualista*, muy siglo XVIII o romántico, cristiano y liberal), siempre se ideaba como un patrón subjetivo, de acuerdo con el nuevo antropocentrismo epistemológico y político (v. 2.2)³⁸.

Según explica L. Geymonat, «per rappresentare l'intero quadro conoscitivo» se había de «stabilire le strutture primarie e originarie della conoscenza umana»³⁹. De ahí que fuese también, como decimos, un fundamento subjetivo, lo que es decir, en términos epistemológicos, de planteamiento lógico y psicológico (o genealógico, que se decía en el ámbito ilustrado), el que sustentase la visión social e histórica que incluiría el hecho literario. Por eso Milá, ante la pregunta: «¿a quién se le hubiera ocurrido la idea de mezclar la historia con la literatura?», se contestaba en 1854, quizá después de haber leído un paso de A. W. Schlegel: «no obstante muy conveniente y muy fundado en razón ha sido que se hayan procurado señalar los puntos de contacto entre los diferentes saberes y que las diversas adquisiciones hechas por el entendimiento humano se presten recíproca luz y mutuo apoyo: objeto de no fácil adquisición cuando se ha buscado conseguirlo (como querían los enciclopedistas, cabe añadirle) de una manera real y no aparente, es decir, cuando se han inquirido las verdaderas analogías, cuando se ha profundizado hasta el común punto de partida de que a la vez arrancan, por ejemplo, ciertos hechos históricos y ciertas obras literarias»⁴⁰.

3.3. Ahí, a la imagen del *árbol del saber*, con cuyo conjunto o bien con una de sus ramas era identificada la literatura, podemos yuxtaponerle una estructuración formal semejante que también incluía el elemento literario: la imagen de la *rueda social*, imaginada por Madame Staël para afirmar, como F. Schlegel en la cita con la que partíamos, la relación de la actividad literaria con la realidad efectiva de la sociedad nacional del siguiente modo: «Le caractère national influe sur la littérature; la littérature et la philosophie sur la religion; et l'ensemble peut faire connaître en entier chaque partie.» Habría que «rassembler à la fin —concluye— tous les rayons dans le même foyer»⁴¹. Sólo esta posición estructural de lo literario, como de cualquier otra producción social del sujeto, permitiría concebir su función, lo que Schlegel denominaba su «operatividad».

Esa operatividad era la condición de su existencia teórica, de acuerdo con una idea instrumental del saber, cuyo modelo se lo proporcionaron, de nuevo, las ciencias naturales a «l'atteggiamento filosofico», del que hablaba S. Moravia refiriéndose, precisamente, a la señora Necker⁴². Y en tal sentido era propuesta para estudiar la obra literaria la visión sistemática, analítica y funcional que caracteriza el método científico, en un texto de J. Donoso Cortés de 1835: «Los que consideran a los fenómenos como individuos no los consideran en realidad —advertía, hablando de literatura en un marco epistemológico general, a modo de enciclopedista ilustrado—, porque, separándolos del todo, ni son medios ni constituyen un fin, y

³⁸ Cfr. para Diderot, art. cit., pág. 638 y para D'Alembert, «Eléments», *op. cit.*, pág. 495.

³⁹ *Storia del pensiero filosofico e scientifico*, tomo III, Milán, 1977, pág. 271.

⁴⁰ «Lecturas literarias» (1854), *Obras*, tomo IV, Barcelona, 1892, pág. 174.

⁴¹ *De l'Allemagne*, París, 1968, tomo I, pág. 47.

⁴² Cfr. S. Moravia, *La scienza dell'uomo nel Settecento*, Bari, 1978, pág. 181.

un fenómeno que no es lo primero ni lo segundo no es un ser, es un error»⁴³. El conocimiento, más que nunca, era igualado con el interés; la literatura más que nunca con la política. Lo que sobre ella se pensó, al menos hasta que a mediados del siglo XIX no fue languideciendo el entusiasmo social que los románticos habían heredado de los ilustrados, no traspasaba los límites de dicha igualación.

IV

4.1. La superposición de la rueda, por la que la literatura es *radio* del espíritu nacional, al árbol, por el que es *rama* del conocimiento, permitió, dentro del espacio ideológico de la Restauración y del liberalismo, que la experiencia literaria, sin dejar de ser un medio, una función estructural, lo fuese con un «imperio privativo» y teóricamente privilegiado en el juego de fuerzas del todo, de «l'emble» frente a los que se ponían Donoso y Staël. No era ya solamente —reconocía, por su parte, Milá en 1845— un «provechoso auxiliar para los demás estudios», sino «una facultad independiente, enlazada, sí, con la moral y la historia, pero que tiene sus propios límites, posee un terreno aparte y ejerce —lo hemos dicho— su imperio privativo», sobre todo respecto a «el carácter general [...] del pueblo que la ha producido»⁴⁴.

Ese imperio era, para F. Schlegel, que lo proyectaba al «destino de las naciones», de «alcance integral». «La literatura comprende (...) casi toda la vida espiritual del hombre», afirmaba en la mencionada *Historia de la literatura*, donde todavía, conforme al modo enciclopedista (v. 2.3), describía, según nos dice su traductor español en 1843, «la historia del hombre intelectual y moral, así como las vicisitudes que la civilización nos ofrece en el transcurso de los siglos». Y donde, igual que hemos visto en Diderot, bajo la denominación de literatura «incluimos —decía el alemán— todas aquellas artes y ciencias [...] que tienen por objeto la vida y el hombre». Pero añadía ahora, en virtud de una determinación teórica que no pertenece al planteamiento de herencia dieciochesca que estamos intentando delimitar: «Entre ellas ocupa el primer lugar la poesía» («el género literario por excelencia»), también para un Milá schlegeliano⁴⁵.

Éste, en el discurso citado de 1845, se explayaba sobre las obras poéticas «como el trasunto idealizado de nuestra existencia» y ampliaba su campo hasta abarcar, con la valoración psicológica que de ellas hacía, una experiencia antropológica total articulada en torno a «la facultad de percibir lo bello»⁴⁶. Mucho antes Schlegel había establecido, en uno de los «fragmentos» de *Athenaeum*, la revista pregonera de las ideas reflejadas en Milá: «La poesía es la condición originaria del hombre y también la última [...] sólo por medio de la poesía el hombre puede ampliar su existencia y la existencia de la humanidad»⁴⁷.

No dejaba, sin embargo —y es lo que queremos subrayar aquí— de concebirla heteronómica, relativamente, como también hacía el profesor barcelonés cuando la subordinaba a «los deberes religiosos y sociales» (v. 3.2). Aunque la ensalzara como «Transzendentalpoesie», como poesía ideal, continuaba refiriéndola, sí, a un ideal, «pero no al ideal de la poesía, sino al de la humanidad, de la formación [Bildung], de

⁴³ «Crítica de *Alfredo*, de J. F. Pacheco», en *Obras completas*, Madrid, 1947, tomo I, pág. 169.

⁴⁴ *Oración*, *op. cit.*, págs. 45-47.

⁴⁵ Cfr. de Schlegel, *Historia*, pág. 501. Del traductor español, *op. cit.* de 1843, tomo I, pág. 7.

⁴⁶ Cfr. *Oración*, págs. 48-49.

⁴⁷ Cfr. para variaciones sobre ese tema la selección de *Fragmentos* de 1797-1801, en *Obras selectas*, tomo I, págs. 126-155.

la vida en general»⁴⁸. Horizontes que también lo habían sido —si bien con contenido y valor parcialmente distintos— en los empeños enciclopédicos dieciochescos. No porque sí, entonces, la poesía fue descrita como la nueva «enciclopedia de los pueblos» por el italiano E. Visconti⁴⁹.

4.2. En consecuencia de lo dicho, «la crítica letteraria ricava dalla poesia un quadro antropologico totale»⁵⁰. A través de ella se podía acceder a una visión de la totalidad histórica: a «una historia moral interior», nos decía Milá; igual que, en el ámbito italiano, pero con resonancia europea, Manzoni, para quien, frente a una «storia» de los «avvenimenti che non sono, per così dire, conosciuti che all'esterno», «il dominio della poesia» eran los sentimientos, los proyectos y las acciones de los hombres, «ciò che hanno pensato», «i discorsi [...] con i quali in una parola essi hanno rivelato la loro individualità»⁵¹. No en vano Milá fue un manzoniano declarado y comentó largamente *I Promessi Sposi*, la obra en la que mejor se ilustra la valoración tan romántica de la literatura (en la acepción restringida ya de «bellas letras») como «complemento de los estudios históricos» y, en tanto que la historia — recordemos— era «recueil d'expériences morales» desde la Ilustración y que, a su vez, el poeta romántico debía desvelar detrás de los documentos las motivaciones humanas, como fuente de las enseñanzas morales⁵².

4.3. Se valorase, en fin, como experiencia estética que a través de la psicología configuraba una antropología del individuo (v. 4.1), como medio de apertura a una visión políticamente fundadora, de las raíces históricas nacionales (4.2), o, lo que es más exacto, con ambos enfoques superpuestos en una «demopsicología» de las civilizaciones⁵³, la literatura siguió siendo estudiada «en conjunto, con ojeada de comparación» respecto a la sociedad, «atendiendo a la una sin perder de vista a la otra», mientras perduró la confianza que liberales nacionalistas y mesiánicos del romanticismo —por ejemplo, el joven Balmes, autor de esa cita en que resuena la de Staël⁵⁴— pusieron en ella como freno ideal para las radicalidades temibles del *filosofismo*; del cual, sin embargo, los postrevolucionarios habían heredado las condiciones teóricas e incluso los límites valorativos que hicieron posible el empleo práctico y relativizador de la actividad literaria.

Cuando Milá, a la vez que justificaba en 1854, como citábamos, la relación teórica de la literatura con la historia, se empezó a lamentar de la tendencia «a concentrar ideas de diferente origen y a buscar para todo el mismo criterio y las mismas fórmulas», estaba iniciando ya el camino de una concepción autónoma que se emprendió al tiempo que la estética literaria comenzó a perder, quizá porque nunca lo había alcanzado realmente, su prestigio entre los designios políticos del nacionalismo. Que «los tratados literarios traten principalmente de literatura»,

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Citado por Raimondi y Battistini, *op. cit.*, pág. 187.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ Cfr. la carta que escribió sobre su *Carmagnola* en respuesta a las objeciones de V. Chauver; apud Raimondi y Bottoni, «L'autore e il romanzo», introducción a *I Promessi Sposi*, Milán, 1988, pág. IX.

⁵² Esto último lo decía Manzoni en la carta citada. Milá fue considerado como «l'admirador decedit y casi exclusivista» del autor italiano (Cfr. M. Jorba, *Milá y Fontanals en la seva època*, Barcelona, 1984, pág. 350).

⁵³ Tomamos *Demopsicologia* de Raimondi y Battistini. Sobre la literatura como «media opening a view of historical totality»; cfr. Gumbrecht, «History of literature-fragment of a vanished totality?», *NLH*, XVI, 1985, págs. 467-479.

⁵⁴ *Primeros escritos*, Barcelona, 1925, págs. 127-128.

deseaba ahora, profesor positivo, y no más retórico, ni educador estético⁵⁵. Su discípulo —y maestro nuestro en mucho— acabaría por «distinguir entre *nacionalidad* política y *nacionalidad* literaria», con más astucia desde luego⁵⁶.

⁵⁵ Cfr. *Lecturas, op. cit.*, págs. 176 y 178. Este escrito es de 1854; anterior, pues, a los «Preliminares» que hemos venido usando. En éstos, aparentemente, desmentiría el planteamiento autónomo de la historia literaria que formula en aquéllas. Más bien su pensamiento fluctúa entre dos tendencias, reflejando pálidamente una tensión característica de la segunda mitad del siglo XIX. Aquí hemos querido delimitar la tendencia que entronca con el racionalismo ilustrado; y cuya figura teórica habrá que completarla, para el Romanticismo, con la aportación del organicismo y del expresionismo (palabra ésta que I. Berlin aplica a Herder) de origen alemán.

⁵⁶ Cfr. *Programa*, ed. cit., pág. 4.